

El fenómeno migratorio en el proceso formativo del hombre americano y de la Modernidad

The migratory phenomenon in the formative process of the American man and Modernity

Luis Carlos Ortega Robledo¹⁰

<https://orcid.org/0009-0006-9569-4202>

RESUMEN

La incursión del hombre por el estrecho de Bering acaecida en una de las épocas interglaciares cálidas, así como por otra posible ruta o rutas de invasión en territorio americano provenientes de Australia y la Polinesia, hasta la llegada y posterior conquista por parte de los europeos al denominado Nuevo Mundo, a partir del cual da inicio la era de la Modernidad, la migración y el mestizaje cultural representaron dos componentes fundamentales en el proceso formativo del hombre y de los pueblos americanos. La movilización de los hombres y la mezcla de sus mundos producto de aquellas interacciones y vínculos que se suscitaron en la tierra de América devolvieron formas múltiples que formaron un nuevo tipo humano, compuesto con la selección de cada uno de los pueblos que a lo largo de la historia transitaron y, en buena parte, permanecieron en aquellas tierras fértiles que se extienden desde el Océano Glacial Ártico por el norte hasta el Cabo de Hornos por el sur, en la confluencia de los océanos Atlántico y Pacífico que delimitan al continente por el este y el oeste, respectivamente.

PALABRAS CLAVE

América, migración, rutas marítimas, modernidad, globalización

ABSTRACT

Since man's incursion into the Behring Strait in one of the warm interglacial epochs, as well as another possible route or routes of invasion into American territory from Australia and Polynesia, until the arrival and subsequent conquest by Europeans of the so-called New World, from which the era of Modernity begins, Migration and cultural miscegenation were two fundamental components in the process of formation of the

¹⁰ Candidato a doctor por el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y profesor en la Facultad de Estudios Superiores Aragón. Correo electrónico: carlosortegari@hotmail.com

American people. The mobilization of men and the mixing of their worlds, resulting from those interactions and bonds that were aroused in the land of America, returned multiple forms that formed a new human type, composed of the selection of each of the peoples who throughout history transited and, in large part, remained on those fertile lands that extend from the Arctic Ocean to the north to the Cape Horn to the south, at the confluence of the Atlantic and Pacific oceans, which delimit the continent to the east and west respectively.

KEYWORDS

America, migration, maritime routes, modernity, globalization

Introducción

¿De dónde venía y como llegó la población que ocupó América? Desde la conquista, si no es que, desde el descubrimiento de América, muchas han sido las hipótesis que han tratado de develar los orígenes del hombre americano y la relación que las tierras del denominado continente “nuevo” guardan con las otras partes del mundo (Martínez, 2001). En efecto, desde el siglo XVI, varias han sido los debates en torno a los orígenes de América. Si bien la mayor parte de los círculos letrados concuerdan que el génesis del hombre americano se halla en las oleadas migratorias de grupos provenientes del Asia septentrional a raíz de la última glaciación en el periodo del Pleistoceno (aproximadamente 40.000-30.000 a.C.), recientes investigaciones proponen un poblamiento alternativo al de Asia, como aquellas provenientes de Europa, África o incluso de la lejana Polinesia.

Investigadores de la talla del cronista e historiador Juan Suárez de Peralta, en su empeño por definir la relación de su tierra natal con otras regiones del mundo, propusieron hipótesis un tanto surrealistas como aquella que el hombre americano tiene un origen judío, en el sentido de que descienden de las diez tribus de Israel. Basándose en los libros de Esdras y en los conocimientos de los antiguos indígenas, Suárez de Peralta expuso que las tribus de Israel, en algún momento prisioneras del rey de Babilonia Salmanasar, habrían decidido evitar el contacto con los gentiles y franquearon el río Éufrates hasta atravesar una región llamada Asareth o *Arsaset*,

ubicada, de acuerdo a la lámina XII del *Theatrum orbis terrarum* del geógrafo Ortelius, sobre la costa al norte de China, siguiendo un largo camino hacia Oriente hasta llegar a las “Indias Occidentales” a través de la Mar del Sur (Pacífico) (Suárez 1990).

Las pruebas que aportó Suárez de Peralta las sustentó en algunos de los ritos idolátricos que practicaban los nativos americanos, pues, en su reflexión, muchos de ellos se parecen a los practicados por los hebreos. Algo similar expuso con las raíces de algunas palabras; por ejemplo, la palabra taina *ijí* que en hebreo significa “algo fuerte” o que el vocablo Perú proviene del hebreo (Suárez 1990).

En 1606, el cosmógrafo de origen alemán Heinrich Martin también aportaba su visión al debate en torno a los orígenes. Heinrich desarrolló una hipótesis análoga al exponer que las condiciones de la navegación antigua no permitieron alcanzar el Nuevo Mundo por mar, exponiendo que la fisionomía del continente americano, ubicado en medio de dos anchísimos y espaciosos mares (Pacífico y Atlántico), la dividen y apartan de las otras tierras habitables (Eurasia y África), por lo que su hipótesis se sustenta más en un poblamiento vía terrestre (Martin 1991). Heinrich expuso que los antepasados asiáticos de los nativos americanos habrían tomado el misterioso estrecho de *Anián* o cruzado por las tierras del sur, del lado del estrecho de Magallanes, a la altura de los polos, donde la distancia entre las tierras de América con las tierras de Europa y Asia son relativamente cortas. Al mismo tiempo, defendía una posición occidental privilegiando un origen europeo. Según Heinrich, los nativos americanos podrían encontrar sus raíces en la *Curlandia* (actualmente parte oeste de Letonia), ducado que en el siglo XVI fue vasallo de los reyes de Polonia. Heinrich manifestaba que la Curlandia estuvo poblada por gente con la misma traza, color, condición y brío que los indios americanos, por lo que, si damos crédito a su hipótesis, muy probablemente los nativos americanos tengan una raíz europea (eslava) ((Martin 1991).

Dichas afirmaciones no encontraron el respaldo por parte de la intelectualidad americana, debido a que presentaba un escaso sustento científico. Es verdad que las fuentes manejan el establecimiento de una colonia curlandesa a mediados del siglo XVII en las islas del mar Caribe, exactamente en la isla de Tobago, la cual será abandonada al poco tiempo por los colonos debido a los constantes ataques piratas en el siglo XVII. Empero, fuentes anteriores al siglo XV sobre una presencia curlandesa no se han

encontrado, por lo que la hipótesis de Heinrich Martin no convenció a muchos de los lectores, comenzando con los intelectuales novohispanos.

Frente a las hipótesis españolas y germánicas, hombres como Chimalpahin, intelectual religioso, perteneciente a la nobleza chalca, expuso que exponer las raíces de los nativos era una tarea algo compleja. Indudablemente, en su razonamiento, éstos debieron de provenir de alguna de las tres tierras ya habitadas: Europa, África o Asia, y de allí migraron a esta cuarta tierra apartada denominada *Yancuic Cemanahuatl* (Nuevo Mundo. No obstante, Chimalpahin, como muchos intelectuales más, habrían de confrontar las tesis eurocéntricas-semitas sobre el origen del hombre americano, asentando que la cronología indígena no concuerda en tiempo y espacio con un origen judío, por ejemplo, ya que, cuando se presentó la destrucción de Jerusalén, en esa fecha, los antiguos chichimecas ya estaban instalados desde hacía más de 25 años en la mítica Aztlán (Chimalpahin 1998).

Sin duda, estas breves discusiones conciben un mundo interconectado cuyas diferentes partes se habrían comunicado entre ellas en diferentes momentos y contextos históricos. Los nativos vendrían de Asia, claro, pero, el continente americano, que es el único que se extiende a lo largo de los dos hemisferios, desde las heladas montañas de Alaska en el círculo polar ártico hasta encontrarse con Tierra del Fuego en el círculo polar antártico, y flanqueado por las dos masas de agua más grandes del planeta, es tan inmenso que no pudo poblarse por una sola colonia de gentes; no es creíble que el cabo del Labrador en Terranova y la Florida se hayan poblado con la misma gente que el estrecho de Magallanes. Estas hipótesis construidas desde el inicio de la era moderna tratan de demostrar que más bien debió de desarrollarse diferentes caminos por los que avanzaron grupos por un lado y otros por el otro que permitieron ir poblando lo que hoy se conoce como América.

Ahora bien, la diversidad de visiones y discusiones sobre el origen del hombre americano abrió también el debate en torno al papel que tuvo el desplazamiento de decenas de miles de hombres y mujeres que circularon por los cuatro continentes (África, América, Asia y Europa) a raíz del desenclaustramiento de la Europa medieval y la conquista de América, producida con la llegada de los navegantes ibéricos a las islas del Caribe en 1492. Desde que los portugueses emprendieron el reconocimiento de las

costas de África y los españoles se empeñaron en la conquista del Nuevo Mundo, decenas de miles de miles de personas surcaron los mares y se desplegaron sobre las cuatro partes del mundo en lo que fue no solo una globalización geográfica, sino también económica y, sobre todo, cultural, modificando las cosmovisiones regionales tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo.

Bajo esta luz, el presente trabajo tiene como propósito mencionar algunas de las más recientes propuestas que versan sobre la migración hacia América alternas a la ya aceptada por el estrecho de Bering, como aquella teoría sobre la migración por balsas desde las islas del Pacífico (hay ciertas evidencias que lo sustentan). También se analizarán las más tempranas migraciones que se suscitaron en el marco de la mundialización ibérica a partir de 1492 y el influjo que este fenómeno tuvo en la formación de un mundo moderno.

Migración y el proceso formativo del hombre americano

Hacia el segundo milenio a.C. surgieron en el espacio que hoy es México y las tierras vecinas de América Central núcleos civilizatorios en donde florecieron formas complejas de estratificación social, división del trabajo, sistemas políticos, económicos y religiosos muy sistematizados, con un estilo y sus dioses propios; la invención de cómputos calendáricos con el concepto de cero antes que en ningún otro lugar del mundo, así como varias formas de lenguajes escritos, rutas comerciales y procesos de expansión territorial que rápidamente se apoyaron en espacios acuáticos (Sodi 2015).

El mar, como vehículo cultural, como nexo geográfico, como fuente de inmensurables recursos y, sobre todo, como elemento dinámico de la expansión de sociedades, constituyó parte insustituible dentro del proceso de formación del llamado Nuevo Mundo en General y del México antiguo en lo particular.

Varias son las teorías respecto a los orígenes del hombre americano. Según las tesis formuladas, el hombre llegó a América tardía e intrusivamente. No hubo una hominización local, lo que lleva a pensar que América en realidad fue el “continente nuevo”.

Los primeros nativos fueron inmigrantes que pertenecieron al género *Homo sapiens sapiens*. Se sabe que el poblamiento humano presente en América es de origen asiático, particularmente del noreste de Asia, cerca del lago Baikal, antiguamente poblada por gente del tronco racial mongólico; estos grupos humanos penetraron hace más de 25,000 y menos de 40,000 años persiguiendo presas prolíficas aprovechando el descenso del nivel del agua en el mar de Bering que dejó visible amplias llanuras con aspecto de puente o banda de más de mil kilómetros de ancho en la última glaciación (llamada en América *Wisconsin*), haciendo posible los contactos entre Asia y América.¹¹

Si bien nadie niega que el tipo físico dominante en América sea el tipo mongoloide (gracias a complejos datos lingüísticos, biogenéticos y dentales), también es cierto que existe un factor de heterogeneidad entre los pueblos amerindios, es decir, no todos los indígenas tienen el mismo tipo físico, por lo que algunos especialistas han abogado por rutas de migración complementarias a las del estrecho de Bering, entre ellas las transoceánicas.

No se puede excluir el hecho que en las épocas cuando el hombre comenzó a emplear la navegación, algunas embarcaciones aisladas provenientes del Atlántico y del Pacífico pudieran tocar el continente que hoy es América, de manera intencional o por accidente. De ahí devienen teorías acerca de grupos humanos provenientes de Australia que poblaron la Tierra de Fuego, otros que arribaron a las costas sudamericanas provenientes de la Polinesia y la isla de Pascua, de Escandinavia hacia Canadá vía Groenlandia, de Japón hacia Ecuador y de África hacia las Antillas (Ramírez 2016, 7-43).

Algunos investigadores consideran los vestigios de la *Anse aux Meadows*, actual Terranova, como un establecimiento vikingo del siglo IX; otros aspectos que refuerzan las tesis transoceánicas son los datos arqueológicos y de radiocarbono que sugieren que el hombre ya habitaba por lo menos hace 32,000 años en un paraje del estado de Piauí, Brasil, conocido como Serra de Capivara. Esto ha hecho pensar a los científicos en una

¹¹ La travesía del hombre por el puente behringniano pudo efectuarse particularmente entre 40000 y 35000 a.C., y entre 25000 y 15000 a.C., y luego en dos ocasiones más, una en el 13000 y otra en 10000 a.C. Aquellos hombres paleo-siberianos, cazadores endurecidos por los rigores del clima ártico. Su equipo se limitaba a los útiles y a las armas de piedra que le eran necesarias para matar y despedazar a los animales que cazaba. Aquellos cazadores nómadas asiáticos pasaron de un continente a otro dirigiéndose poco a poco hacia el sur, ocupando diversos compartimientos entre las montañas y los ríos en la inmensidad del Nuevo Mundo. Ver. (Malamud, 2014).

ruta alternativa de migración de África a Sudamérica, cuando el nivel del Atlántico se encontraba 120 metros más abajo, lo que no solo acercó las costas de ambos continentes, sino que debió de haber dejado al descubierto múltiples islas hoy sumergidas (García, 2014).

Al otro lado del mundo, existen teorías muy bien fundadas en investigaciones raciales y lingüísticas que se refieren a otras oleadas migratorias que llegaron a América provenientes de las islas del Pacífico occidental, particularmente de la Melanesia y la Polinesia. Una de estas teorías es la formulada por el antropólogo Méndez Correa, quien indica que, desde el Paleolítico superior los polinesios, una civilización del mar y verdaderos artistas de la disciplina naviera, surcaron las aguas del Pacífico y recorrieron el este de India, el oeste de Birmania, la Península de Malaca, las islas de Sumatra, Borneo, Java y Nueva Guinea, internándose aún más lejos hacia el este hasta llegar a lugares como Hawái y Rapa Nui, también conocida como isla de Pascua. Estos navegantes Polinesios, señala Mendes Corrêa, habrían llegado a tierras de América del Sur hace aproximadamente 800 años, apoyándose en el gran número de islas que les permitieron el pasaje. Su teoría encuentra sustento en los resultados de ADN extraídos de personas que habitaron en lo que hoy es la actual Colombia (Mendes 1928).

La teoría de los navegantes polinesios también encuentra sustento al estudiar las palabras habladas en las regiones mapuches de Chile; que parecen proceder de lenguas de las islas del Pacífico. Si se toma como ejemplo la palabra polinesia *Toki* (hacha de trabajo), veremos que se usa en distintas áreas geográficas: en Tonga (*toki*), Samoa (*to'i*), Futuna (*toki*), Tahití (*toi*), Nueva Zelandia (*toki*), Mangereve (*toki*), Hawai (*koi*), Pascua (*toki*) y en el sur de Chile y el norte del Perú (*toki*). De este modo, se puede deducir que la cadena isoglosemática del *toki* se extiende desde el límite oriental de Melanesia, a través de las islas del Pacífico, hasta el territorio americano, donde penetra en calidad de vocablo cultural, y en toda esta trayectoria los significados de este vocablo han sufrido una idéntica transformación semántica (Dussel 1966).

Otro aspecto cultural polinesio presente en América son los instrumentos. Por ejemplo, hoyas de cultivo, realizadas para utilizar la humedad del subsuelo, se encuentran en Perú y Polinesia. En el sur de Chile se bebe la *kava*, bebida nacional

polinesia (denominada del mismo modo), que se fermentaba mascando la raíz de ciertas plantas. Las canoas y los anzuelos fabricados por pueblos del sur de California con técnicas similares a las de los navegantes polinesios o la vela triangular polinesia que se hace presente en Chile y Perú, teniendo el mismo tipo de mástil y de tela, dan prueba de la presencia de estos pueblos del centro-sur del Pacífico en el nuevo continente. Y qué decir de la representación de ciertos dioses con el grotesco gesto de sacar la lengua que se encuentra en todo el Pacífico (igualmente en India) y en toda la América continental, gesto que se puede observar incluso en el rostro del dios solar Tonatiuh en el monolito de la *Piedra del Sol* mexicana (López 1997, 387-438).

Si bien es cierto que la vía terrestre ártica permitió el paso a América de muy numerosos grupos mongoloides provenientes de Siberia, del oeste de Asia y aun del sudeste asiático, no por ello se excluyen las migraciones de grupos de origen más lejano, como los provenientes de la Polinesia, quienes, como cualquier civilización del mar (piénsese en las del Mediterráneo, el mar Báltico o el mismo mar Caribe), comenzaron a dominar las corrientes marítimas, la orientación de las estrellas y el uso del viento, navegando en sus canoas hasta llegar, al menos, a las Islas Hawái al norte, y al este siguiendo las islas Samoa, las Tuamotu y Marquesas, hasta llegar a la misma isla de Pascua, la cual se sitúa a solo 3,500 kilómetros de distancia del actual Chile, por lo que sería prácticamente imposible que aquellos primitivos navegantes polinesios, que habitaron dichas islas, no hubieran llegado a América, inclusive mucho antes que los chinos o europeos (Dussel 1966).

Sea lo que fuere, ya que muchas de las conclusiones provisionarias no son más que hipótesis en sus detalles, lo que queda demostrado es que el inmenso océano Pacífico nunca fue un muro de separación, por el contrario, fungió como puente por los más expertos marinos de la prehistoria universal en la época Paleolítica y Neolítica. Al respecto, Enrique Dussel concluye que el océano Pacífico fue centro en torno al cual giraron las altas culturas amerindias, de donde recibieron las inmigraciones, las influencias culturales, y en cuyos márgenes se realizarían, posteriormente, las comunicaciones entre los pueblos mesoamericanos y andinos. El centro de la prehistoria, plantea Dussel, fue el Oriente; no Sevilla, Cádiz, Londres, Amberes o Hamburgo, sino la Siberia, la China, Indochina, la India, y esencialmente Oceanía y sus

islas, principalmente las Polinesias, así como lo será el Atlántico norte para Latinoamérica dentro de la modernidad europea (Dussel 1966).

El desplazamiento de los hombres y el origen de la modernidad

En los últimos 500 años, la navegación marítima a larga distancia ha sido la vía principal que ha hecho posible la comunicación y las relaciones económicas, políticas, religiosas y culturales entre los distintos espacios y pueblos del mundo. A lo largo de los siglos XV y XVI el mar océano se convirtió en el gran protagonista del llamado “proceso de globalización”, al abrir nuevas rutas comerciales hacia mundos que anteriormente eran desconocidos por completo, mismos que tras la conquista europea fueron integrados al “sistema-mundo moderno”¹², al proyecto mercantil y a las cadenas globales de mercancías (Martínez 1999).

En efecto, el propio desarrollo del sistema europeo-capitalista, que tiene al mercado como fundamento central, se produjo en el contexto de la expansión geográfica a través del mar océano por parte de los navegantes ibéricos, quienes, al tratar de establecer una ruta de comunicación marítima directa con Asia, consolidaron dos enormes ejes comerciales y grandes monopolios a escala planetaria: la ruta atlántica sur-oriental que unió a Portugal y la India y la ruta atlántica occidental que se estableció entre España y América (Martínez 1999). Estos dos ejes marítimo-comerciales establecieron las bases sobre la cual se erigió el nuevo mundo moderno, una visión de la historia centrada en Europa, la cual proclamó su propio dominio y potestad sobre los distintos pueblos del mundo.

La modernidad europea surge entonces gracias al paulatino dominio del mar océano. En este sentido, el mar océano pasó a formar parte de las piezas centrales en la

¹² Para Immanuel Wallerstein el sistema mundo moderno es una economía-mundo-capitalista, una gran zona geográfica dentro de la cual existe una división del trabajo y por lo tanto un intercambio significativo de bienes básicos o esenciales, así como un flujo de capital y trabajo, la cual no está limitada por una estructura política unitaria, por el contrario, hay muchas unidades políticas dentro de una economía-mundo, tenuemente vinculadas entre sí en el sistema-mundo moderno dentro de un sistema interestatal. Entre las instituciones del sistema-mundo moderno se encuentran el mercado, compañías que compiten, Estados, unidades domésticas, clases y grupos de estatus. Wallerstein distingue cuatro áreas que conforman el sistema-mundo: centrales, semi-periféricas, periféricas y arena exterior. El centro concentra procesos productivos relativamente monopolizados. Las zonas periféricas realizan procesos caracterizados por mayor competencia y libre mercado. Las zonas semi-periféricas reúnen procesos de uno y otro tipo, en tanto la arena exterior realiza actividades que no tienen mayor relación con los procesos del sistema-mundo. Ver. (Wallerstein 1979); (Wallerstein 2005).

conformación de una serie de fenómenos de amplia escala y duración que transformaron al mundo a partir del año 1500: el inicio del colonialismo, la primera globalización y la constitución de aquel inicial capitalismo-mercantil que tuvo como pilar al mundo marítimo con el desarrollo del comercio ultramarino que, tras la integración del Nuevo Mundo al orbe moderno, extrajo toda clase de mercancías, recursos naturales y metales preciosos que sirvieron de sostén al sistema económico de Europa durante por lo menos tres siglos (Méndez 2012, 49-65).

Gracias a los desarrollos geográficos y cartográficos y al impulso de la ciencia náutica en los siglos XV y XVI, los navegantes europeos, encabezados por Portugal y España, iniciaron una serie de exploraciones marítimas que permitieron desenclavar a Europa de su letargo medieval y superar el *non plus ultra* atlántico, llegar y ocupar un nuevo continente e iniciar la “era de los descubrimientos”, la mundialización y la unificación y homogeneización del conjunto de la Tierra, como una fase previa a la “economía-mundo” y la “globalización” (Gruzinski 2010).

Dicho esto, la expansión portuguesa hacia África y Asia, y luego la colonización española en América, permitieron lanzar a los mares flotas cargadas de mercancías y metales preciosos con los que esos continentes alimentaron el naciente sistema capitalista-dinerario de extracción europeo, ya fuese de grado o por la fuerza. La plata americana, cuando no se escapaba de manera clandestina por la ruta traspacífica hacia China, atravesaba el Atlántico para llenar las arcas europeas. Lo mismo sucedía con las especias asiáticas, las cuales tomaban la ruta del océano Índico, rodeaban África, remontaban el Atlántico sur para amontonarse, finalmente, en los almacenes de los puertos de Lisboa y Amberes (Valdez-Bubnov 2021). No obstante, no sólo fueron mercancías o metales las que surcaron el Atlántico o atravesaron el Pacífico. Al flujo de mercancías se unieron, además, decenas de miles de personas que viajaron de un continente a otro en busca de riquezas, de un ámbito nuevo de actuación e incluso de un terreno en el que introducir y difundir sus conocimientos y costumbres culturales. Aunque, muchos otros fueron víctimas de la trata para alimentar los círculos del comercio de esclavos (Castañeda 2021).

Se estima que entre 1506 y 1600, cerca de 250 mil personas habrían pasado de la Península Ibérica al Nuevo Mundo, y cerca de 200 mil en los siguientes 50 años, siendo

la Nueva España el principal destino (Mörner 2021). Estos migrantes llevaron consigo la globalización de sus oficios y artes, como la ganadería, la minería o la herrería, que muy pronto repercutió en todos los ámbitos de la vida de las sociedades autóctonas. La mundialización ibérica, comenzando con el mundo del trabajo, tuvo un fuerte impacto en todos los ámbitos de la vida cotidiana. En apenas unas décadas los indígenas ya habían aprendido los oficios europeos, los cuales se mezclaron con sus antiguas tradiciones artesanales. Desde los primeros tiempos del colonialismo, los indígenas fabricaron toda clase de objetos europeos: sillas, instrumentos musicales, herrería, etc. De hecho, el primer oficio adoptado por los indios fue el de sastre; aunque muy pronto otros oficios, como el de herrero, freneros, cerrajeros, cuchilleros, etc., tuvieron gran aceptación entre la población nativa, a tal punto que hoy en día se pueden apreciar algunos de ellos sobre las calles de las grandes urbes de México (Gruzinski 2004).

Al adquirir las técnicas europeas, los indígenas lograron familiarizarse con nuevos materiales, lana, cuero, hierro, papel, etc., y se acostumbraron a nuevas formas de trabajo que no conocían. Por ejemplo, en algunos casos, los nuevos oficios invirtieron la repartición sexual de las tareas: tal fue el oficio de tejedor, pues este dejó de ser una ocupación exclusivamente femenina para confiárselo también a los hombres, quienes aprendieron a manejar los telares importados del otro lado del Atlántico (Gruzinski 2004).

Al igual que el trabajo, las lenguas de la monarquía también serían vectores de la globalización y de la modernidad. El idioma, tratase del castellano de los administradores, del latín de la iglesia y de la jurisprudencia o del italiano de los renacentistas, dejó también su impronta en el arte y el pensamiento al otro lado del océano (Paz 2011, 57-81). Esta mundialización y difusión de la lengua de los conquistadores representó la dilatación transcontinental de un espacio y de un patrimonio lingüístico que pronto se reprodujo dondequiera que los letrados ibéricos afirmaran su presencia. Libros, cartas, ensayos, crónicas, traducciones, códices, etc., materializaron la difusión *in situ* del uso oficial del español y en algunos casos del latín e italiano (en colegios y cátedras universitarias) que se aplicaron donde fuese que uno se encontrara en los dominios de la monarquía ibérica.

La difusión transoceánica de los libros europeos representó la ilustración más concreta del movimiento que se adueñó de todos los soportes intelectuales alrededor del mundo. Desde comienzos del siglo XVI el libro europeo, que en su momento partió a las tierras donde llegaron los ibéricos, atravesó el Atlántico junto con los conquistadores. Obras como la primera edición de *Don Quijote* llegaron al Nuevo Mundo: 300 ejemplares para la Nueva España y un centenar más para Cartagena de Indias, Lima y las lejanas regiones de los Andes. El mismo movimiento llevó a América del Sur la primera edición de las *Comedias* de Lope de Vega. A la par, los portugueses llevaron sus obras a África y a las costas de la India. Más tarde, las cofradías religiosas introdujeron una gran cantidad de obras literarias en Japón y en China. Así, desde el siglo XVI el mundo se acostumbró a recibir y leer literatura europea, tanto sus clásicos como sus novedades. Por primera vez en la historia, libros y navíos circulaban en todos los océanos (Leonard 1996).

La mundialización de las lenguas del conquistador (colonialismo lingüístico e intelectual) representó la fortaleza de las élites ibéricas para afianzar la sumisión de los pueblos sojuzgados a la forma de pensar y actuar “cristiano-eurocéntrico”; una conciencia epistemológica apegada a los sistemas y códigos del modernismo occidental o de la “filosofía universal”.

A medida que el idioma del colonizador se globalizaba, extendiéndose a otros continentes, la Historia se apoderaba de otras historias y se imponía sobre ellas, no quedando más que la imagen de un mundo coordinado y consensuado al servicio de la ideología imperial; una tradición jurídica e intelectual propiamente ibérica, cuyos tratados, investigaciones o recopilaciones, biblias y ediciones establecieron los primeros hitos de una modernidad globalizada. Es decir, una dimensión exógena que consistió en reproducir instituciones y modos de vida de origen europeo, adaptándolos a las realidades locales y transformándolas. En síntesis, una historia universal pensada desde Europa (Leonard 1996)

Por tal motivo, fueron las coronas de España y Portugal a quienes correspondió la difusión de una occidentalización temprana de las poblaciones indias, sometiéndolos a una oleada de imágenes y símbolos europeo-cristianos que con el tiempo quedaron fuertemente arraigados en la cotidianidad e idiosincrasia de los pueblos colonizados. En

concordancia, la globalización y occidentalización son fenómenos que operaron de común acuerdo al amparo del impulso de las conquistas de las rutas oceánicas ibéricas.

La esclavitud negra y asiática también fue un fuerte síntoma de la mundialización ibérica. Miles de esclavos arribaron al Nuevo Mundo para acelerar el difícil proceso de repoblación de las americanas.¹³ La conquista marítima del Atlántico por parte de España había convertido a África en una reserva territorial para la caza de esclavos. Se estima que las embarcaciones españolas realizaron en promedio mil 843 viajes trasatlánticos hacia las costas africanas desde el comienzo de la trata hasta el año 1650.

Las cifras totales de aquellas personas de naciones africanas forzadas a la esclavitud y traídos a América superó las 900 mil personas tan solo en el siglo XVI. A lo largo del siguiente siglo desembarcaron alrededor de 2 millones 750 mil personas más. En total, entre los siglos XV al XIX, más de 12.5 millones de personas africanas habrían arribado a distintas partes de América (Castañeda 2021).

Simultáneamente, a lo que estaba sucediendo en el Atlántico en relación con el establecimiento y desarrollo del comercio negrero, en el Pacífico, las flotas castellanas comenzaron a desarrollar un gran intercambio que no se limitó al intercambio comercial de mercancía suntuosa y de primera necesidad, sino también se desarrolló un gran tráfico de esclavos de origen asiático. De acuerdo con los datos registrados por la Caja de la Real Hacienda, se estima que entre los años 1565-1673 ingresaron por el puerto de Acapulco un aproximado de 121 galeones cargados, además de las exóticas mercancías asiáticas, de un número considerable de esclavos, 32 esclavos en promedio por galeón para ser exactos. De tal suerte que en los 121 navíos que ingresaron en el periodo señalado, arribaron aproximadamente 3 mil 872 esclavos. Registros de la época indican que el mayor número de esclavos asiáticos llegados a América provenían del

¹³ Investigaciones estiman que la conquista europea de América dio pie a una reducción de más de la mitad de la población nativa del Nuevo Mundo, víctimas de la guerra, las hambrunas, pero, sobre todo, de las epidemias. A inicios del siglo XVI, América tenía una población estimada en 72 millones de habitantes. Alrededor del año 1620 quedaban sólo 5-6 millones de habitantes. En el área andina, por ejemplo, la población disminuyó notablemente entre 1520 y 1570: de 9 a 1.3 millones de individuos, mientras que para 1630 había descendido a 600 mil habitantes. Fenómenos semejantes se registraron en otras áreas del continente americano. En la franja costera que se extiende de Nueva Inglaterra a las regiones del Golfo de México, entre 1600 y 1650, la población amerindia se redujo a 298 mil personas de los 7 millones de individuos que había antes de iniciar el siglo XVI. En regiones como las islas del Caribe la población se extinguió por completo. *Ver.* (Moreno y Ventosa 2010).

Estado da India, Filipinas y en menor número de Japón, Java, China, Papúa y Brunéi (Oropeza 2011).

En Puebla existía una comunidad importante de chinos alimentada por mercaderes judíos con conexiones en Asia y Filipinas, algunos de los cuales eran esclavos. Entre ellos resalta la figura de Catarina de San Juan, identificada actualmente como la “china poblana”, quien arribó en condición de esclavitud al centro del virreinato hacia el año 1621 proveniente de Manila en alguno de los galeones españoles (Oropeza 2011).

Estos migrantes llegados al nuevo mundo, al igual que los europeos, impregnaron con sus creencias y prácticas la vida cotidiana de los habitantes del Nuevo Mundo. Tal fenómeno lo podemos apreciar en las ferias, cánticos, rituales o a través del mestizaje lingüístico, siendo agentes activos en las transferencias culturales y en procesos de hibridación social a escala regional y planetaria.

Conclusiones

Actualmente, los debates sobre el origen del hombre americano han atraído cada vez más a un mayor número de especialistas con el propósito de develar que el poblamiento de América no solo encuentra sus raíces en el hombre asiático del tronco racial mongólico provenientes del noreste de Asia, sino que muy probablemente grupos provenientes de otras partes del mundo habrían andado por rutas complementarias a las del estrecho de Bering y arribado a América, poblando diferentes partes del continente en tiempos y contextos distintos. Las hipótesis sobre gente proveniente de la Polinesia y la isla de Pascua, de Escandinavia o de África encuentra cada vez más aceptación al examinar los genes extraídos de algunos nativos americanos. Lo mismo sucede con el descubrimiento de indumentarias e instrumentos de origen europeo o polinesio hallados en varias zonas del continente americano, como las embarcaciones de tipo polinesio hallados en California o los utensilios hallados en Perú, y que decir de los rasgos lingüístico-culturales, por ejemplo, la palabra polinesia *Toki* o el grotesco saludo de sacar la lengua, muy practicado en todo el Pacífico occidental y la India y que en América lo podemos ver a través de ciertas representaciones prehispánicas de corte

religioso, como en el rostro del dios solar Tonatiuh en el monolito de la Piedra del Sol mexicana.

Sea como fuere, el tema por sí mismo ha despertado las pasiones e incluso interesantes debates e investigaciones que hoy día siguen profundizándose y perfeccionándose. Hay que decirlo, muchas de estas investigaciones aún están en una fase temprana y muchas otras son conclusiones provisionales, hipótesis en sus detalles. No obstante, la breve exposición resalta la importancia de los flujos migratorios por diferentes vías hacia el continente americano, flujos que no solo antecedieron a la de los agentes europeos que surcaron el Atlántico en 1492, sino que, con la llegada de estos al Nuevo Mundo y a las tierras del Asia navegando por el poniente, se enriqueció hasta tener un alcance a la escala planetaria, siendo un actor importante en la conformación del mundo moderno. En efecto, el dominio del mar-océano por parte de los marinos ibéricos no sólo les permitió llegar y ocupar un nuevo continente e iniciar la “era de los descubrimientos” y con ello la mundialización y la globalización mercantil, sino también produjo la unificación y homogeneización del conjunto de la Tierra. En otras palabras, la mundialización ibérica permitió interconectar por primera vez las cuatro partes del mundo; tanto las sociedades mesoamericanas, andinas, europeas y africanas, y aun las subsaharianas y asiáticas, se pusieron en contacto y presenciaron una larga e inexorable historia de integración. Una relación que provocó profundos efectos sobre las formas de concebir y producir tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo, lo mismo a través de los oficios, las artes, la literatura o la violencia propia del modelo colonial.

Referencias bibliográficas

Chimalpahin, *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*, Trad. Rafael Tena. México: Conaculta, 1998.

Castañeda García, Rafael, *Esclavitud africana en la fundación de la Nueva España*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2021.

Dussel, Enrique, *Hipótesis para el estudio de Latinoamérica en la historia universal: Investigación del mundo donde se constituyen y evolucionan las weltanschauungen*. Argentina: Ed. Resistencia, 1966.

- Gruzinski, Serge, *Historia de México*, Trad. Paula López Caballero. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- _____, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Leonard, Irving A., *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- López Sánchez, José, “Las civilizaciones aborígenes en la América prehispánica” en *Academia de Ciencias de Cuba*, vol. 21, núm. 1 (1997): 387-438.
- Martin, Heinrich, *Repertorio de los tiempos e historia natural de esta Nueva España*. México: Conaculta, [1606], 1991.
- Martínez Terán, Teresa, *Los antípodas. El origen de los indios en la razón política del siglo XVI*. México: Universidad Autónoma de Puebla, 2001.
- Martínez José, *Pasajeros de Indias. Viajes trasatlánticos en el siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Malamud, Carlos, *Historia de América*, 2ª edición. Madrid: Ed. Alianza, 2014.
- Mendes Corrêa Antonio, *Noevelle hypothèse sur le peuplement de l'Amérique du Sud*. Porto: Faculdade de Ciencias do Porto, 1928.
- Méndez Reyes, Johan, “Eurocentrismo y modernidad. Una mirada desde la Filosofía Latinoamericana y el Pensamiento Descolonial”, en *Omnia*, vol. 18, núm. 3 (2012): 49-65.
- Mörner, Magnus, “La inmigración europea y la formación de las sociedades ibéricas”, en Allan Kuethe (coord.), *Historia general de América Latina*, Tomo III, Consolidación del orden colonial, 415-428. París: Ed. Trota, Unesco, 2001.
- Oropeza Keresey, Déboráh, “La esclavitud asiática en el Virreinato de la Nueva España, 1565-1673”, en *Historia Mexicana*, vol. LXI, núm. 1 (2011): 5-57.
- Paz García, Pamela, “El proyecto descolonial en Enrique Dussel y Walter Mignolo: Hacia una epistemología otra de las Ciencias Sociales en América Latina”, en *Cultura representaciones soc*, vol.5 núm.10 (2011): 57-81.
- Sodi M., Demetrio, *Grandes culturas de Mesoamérica. Desde la llegada del hombre al continente americano hasta la última de las culturas prehispánicas*, 2ª edición. México: Ed. Panorama, 2015.

Suárez Peralta, Juan, *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista*. Madrid: Ed. Alianza, 1990.

Ramírez Galicia, Alfonso, "Notas sobre los estudios de la prehistoria de América: poblamiento del continente, del Pleistoceno al Holoceno", en *Signos Históricos*, vol. XVIII, núm. 36 (2016): 7-43.

Valdez-Bubnov, Iván, *La conquista y el mar: una historia global*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2021.

Velázquez García, Erik, "Los habitantes más antiguos del actual territorio mexicano", en Erik Velázquez García (et. al.), *Nueva Historia general de México*. 17-70. México: Colegio de México, 2014.

Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial*, tomo I. México: Siglo XXI Editores, 1979.

_____. *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, 2° edición. México: Siglo XXI Editores, 2005.